(Transcripción)

Palermo (en la Catedral), 17 de enero de 1998

Una espiritualidad para los diálogos

Jornada de reflexión sobre el hebraísmo y apertura de la Semana de oración por la unidad de los cristianos.

(…)

Excelencia, excelencias, autoridades eclesiásticas, autoridades civiles, señoras y señores y tantos, tantos hermanos y hermanas y amigos míos:

Nos encontramos todos unidos en esta espléndida Catedral hoy, 17 de enero, un día antes de que comience la Semana de oración para la Unidad, en la que en varias partes del mundo los cristianos de Iglesias y comunidades eclesiales se unen en oración para obtener del Padre común la unidad visible de la única Iglesia de Cristo.

Pero también es oportuno recordar que la jornada de hoy está dedicada por la Iglesia católica en Italia a reflexionar, como se ha dicho, sobre el hebraísmo, es decir sobre las raíces de nuestra fe cristiana. Pero de esto hablaré más adelante.

Permitidme ahora que me dirija especialmente a los cristianos.

Rezar por la unidad de los cristianos. Unidad que es un don y, por tanto, hay que esperarlo del Cielo. Unidad que exige de todos los cristianos una específica actitud sin la cual no se puede recibir este don. Y esta es una de las consideraciones que han enseñado los cristianos de las Iglesias… que han fijado los cristianos de las Iglesias europeas en la reciente segunda Asamblea ecuménica de Graz, en Austria, en la que del 23 al 29 de junio pasado, se reunieron allí una multitud (se habla de 10.000 a 12.000 personas representativa de la Europa ecuménica, desde católicos a ortodoxos, anglicanos, evangélicos, baptistas, metodistas y otros muchos también.

¿Qué actitud, se preguntaron, debemos tener, poseer, para conseguir más fácilmente y en breve tiempo la unidad entre todos? Y allí se afirmó la necesidad de poseer y vivir una *espiritualidad ecuménica*, no sólo entre los máximos dirigentes de la Iglesia, donde ya se actúa el diálogo de la caridad a través de dones recíprocos, de testimonios de una recuperada fraternidad; no sólo por parte de expertos y responsables de los trabajos que se ocupan del diálogo teológico, sino una *espiritualidad ecuménica* vivida por todo el pueblo cristiano, sin la cual, como enseña la historia, a menudo se perjudica todo el camino ecuménico. Por eso hoy, querría ofrecer a ustedes alguna muestra de esta *espiritualidad ecuménica* tal como se ha propuesto en Graz.

No es la primera vez que se habla y se desea una *espiritualidad ecuménica*. Por ejemplo, el Consejo Ecuménico de las Iglesias en Ginebra (Suiza) y otros, buscan una *espiritualidad ecuménica*[i].

En Italia un pastor valdense afirmaba que "la falta de una espiritualidad ecuménica hace mucho más difícil y gravosa la misión de reconciliación (de las Iglesias)."[ii]

Pero, ¿tenemos nosotros hoy a nuestro alcance una espiritualidad así?

Podemos pensar que existen loables esfuerzos para lograr también tal objetivo. Quizá se conocen o no, porque las cosas serias, como las de Dios, crecen más bien en el silencio. Pero si ellas son verdaderamente efecto del Espíritu, la unidad no es sólo un sueño o una utopía, sino que es una posibilidad real.

¿Y cuáles deberían ser los puntos fijos, los fundamentos indispensables de una

espiritualidad ecuménica digna de ese nombre?

Considerando que la Iglesia es una realidad divina además de humana, un primer punto no puede ser sino Dios, y dado que esta espiritualidad es *espiritualidad de comunión*, Dios por lo que es: Amor (*1 Jn* 4,8). En efecto, si nosotros los cristianos ahora, en al alba del tercer milenio, damos una ojeada a nuestra historia de 2000 años y en particular a la del segundo milenio, no podemos dejar de apenarnos al comprobar que ésta haya sido a menudo una sucesión de incomprensiones, de litigios, de luchas que han roto en muchos puntos la túnica inconsútil de Cristo, que es su Iglesia[iii].

¿De quién es la culpa? Seguramente de circunstancias históricas, culturales, políticas, geográficas, sociales… pero también del hecho de que entre los cristianos ha disminuido un elemento unificador típico suyo: el amor. Precisamente eso.

Y entonces para poder tratar hoy de remediar tanto mal, para lograr una fuerza nueva para recomenzar, debemos dirigir la mirada allí donde está el principio de nuestra fe común, la gran revelación de Dios Amor.

Y en estos tiempo es precisamente Dios Amor el que, en cierto modo, debe volver a revelarse al corazón de cada cristiano, así como también a la Iglesia que componemos. Dios Amor debe, ante todo, volver a revelarse a cada uno de nosotros… a cada uno de nosotros.

En efecto, ¿cómo podemos pensar en poder amar mejor a los demás para que haya una comunión más plena entre las Iglesias si no nos sentimos profundamente amados y si no está viva en todos nosotros los cristianos la certeza de que Dios nos ama?

El hecho es que si por fe sabemos que Dios es Amor, a menudo no lo tenemos presente y vivimos como si estuviéramos solos en este tierra, huérfanos, como si no existiese un Padre que nos sigue en todo y por todo. Un Padre que cuenta…(perdón) que cuenta incluso los cabellos de nuestra cabeza, que sabe todo de nosotros y que quiere que todo coopere para nuestro bien, tanto lo que de bueno hacemos e incluso el mismo mal que Él permite, si nos ponemos en el camino justo.

Para empezar a vivir una *espiritualidad ecuménica* es preciso que, con plena convicción y en la verdad, podamos repetir como nuestras las palabras del evangelista Juan: "… nosotros hemos creído en el amor" (*1 Jn* 4,16). Pero Él no nos ama sólo personalmente como cristianos, sino también como Iglesia. Y ama a la Iglesia según se ha comportado en la historia en base al designio que Dios tenía sobre ella. Pero también - y éste es el prodigio de la misericordia de Dios - la ama por cuanto no habiendo correspondido, por estar los cristianos divididos, ahora ellos buscan la plena comunión en la divina voluntad.

Esta consoladora convicción es la que ha hecho que Juan Pablo II, fiándose de Aquél que extrae el bien del mal, a la pregunta: "¿Por qué el Espíritu Santo ha permitido todas estas divisiones?", el Santo Padre, aun admitiendo que ha sido por nuestros pecados, añade otra posibilidad: "¿No podría ser (...) - decía - que las divisiones hayan sido también una vía que ha conducido y conduce a la Iglesia a descubrir las múltiples riquezas contenidas en el Evangelio de Cristo y en la redención obrada por Cristo? Quizá tales riquezas (surgidas en las varias Iglesias, añado yo) no hubieran podio ser descubiertas de otro modo..."[iv].

Por tanto, creer en Dios, que es Amor, para nosotros y para la Iglesia, este es el punto de partida. Y si Dios nos ama, no podemos permanecer inertes frente a tanta divina benevolencia. Como verdaderos hijos debemos corresponder a su amor y también ahora personalmente y como Iglesia.

Personalmente comportándonos como hizo Jesús: Él amó al Padre queriendo Su voluntad en lugar de la propia. Ahora bien, la divina voluntad está escrita sobre todo en la Sagrada Escritura y, para nosotros especialmente, en el Nuevo Testamento.

Es un deber, para quien quiera comprometerse en la causa de la unidad y por tanto… y por tanto una base para una posible *espiritualidad ecuménica* vivir las palabras del Evangelio una a una.

Decía el card. Bea, que mientras más vivan los cristianos la Palabra, más ésta los hace semejantes a Jesús y por ello más semejantes entre ellos y más unidos entre ellos[v].

Todas las palabras de la Sagrada Escritura están hechas para los cristianos, en particular aquellas en las se cumple… se compendian la Ley y los profetas: el amor al prójimo (cf *Mt* 22,40). Sólo será auténtico cristiano hoy quien ame a los demás con la caridad misma de Dios. Y me detengo aquí. Nunca lo repetiremos bastante: al amor evangélico que debemos al prójimo es un amor especial. Tiene cualidades propiamente suyas: quiere, por ejemplo, que se vea a Cristo en cada prójimo. En el examen final de la vida Él considerará hecho a sí mismo lo que de bueno o malo hayamos hecho a los demás.

Este amor debe también dirigirse a todos. El cristiano no hace diferencias entre el guapo y el feo, el simpático y el antipático, el negro o el blanco, el compatriota o el extranjero, el americano o el africano. El cristiano o el budista, etc. Él ama a todos.

Es un amor también que toma siempre la iniciativa. Jesús nos amó aún cuando éramos pecadores. Nosotros no debemos esperar a sentirnos amados, sino que debemos ser los primeros en amar a todos.

Es un amor que hace amar al otro como a sí mismos, que se “hace uno” con los hermanos y hermanas en los dolores y en las alegrías…

Por eso es necesario que también luego las Iglesias se amen con este amor.

"Padre, que todos sean uno" (cf *Jn* 17,21), rezó Jesús. Y, en cambio, nosotros siempre dispuestos a olvidar su testamento, a escandalizar con nuestras divisiones el mundo que debemos conquistar para Él.

Durante los siglos cada Iglesia en cierto modo se ha anclado en sí misma por las oleadas de indiferencia, incomprensiones y si no de odio recíproco. Por eso cada una necesita un suplemento de amor; es más, necesita que la cristiandad sea invadida por una riada de amor.

Amor y amor recíproco, por tanto, entre los cristianos y amor recíproco entre las Iglesias. Ese amor que lleva a ponerlo todo en común, convirtiendo a cada una en don para las otras de modo que se pueda prever en la Iglesia del futuro que una y sólo una será la verdad, pero expresada en varias maneras, observada desde distintos ángulos, embellecida por muchas interpretaciones.

En el libro *Cruzar el umbral de la Esperanza*, Juan Pablo II escribe: "Es necesario que el género humano alcance la unidad mediante la pluralidad, que aprenda a reunirse en la única Iglesia, también con ese pluralismo en las formas de pensar y de actuar, de culturas y de civilizaciones."[vi]

No se trata de que una Iglesia o la otra tenga que “morir” (como, a veces, se piensa y se teme), sino que cada una tendrá que renacer nueva en la unidad. Y vivir en la futura Iglesia en plena comunión será una realidad maravillosa, fascinante, como un milagro, que suscitará la atención y el interés de todo el mundo.

Amor recíproco, pero que sea verdaderamente evangélico y por tanto válido si se practica en la medida querida por Jesús: “Amaos – dijo – unos a otros como, como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (cf *Jn* 15,12-13). Dar la vida, y Él la dio.

Pero, ¿en qué modo murió Jesús? Él, en su pasión, no sufrió sólo por la agonía en el huerto, por la flagelación, por la corona de espinas, por la crucifixión, sino también por aquél

culmen de su dolor, que expresó en el grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mt* 27,46). Este sufrir, como afirman teólogos y místicos, fue su prueba más fuerte, su tiniebla más negra.

Ahora bien, para edificar plenamente la comunión en el amor recíproco, parece que es bueno hoy contemplar y reflejarse especialmente en aquél dolor. Y se comprende. Si Jesús estaba llamado a poner remedio al pecado del mundo y, por tanto, a la separación de los hombres de Dios y, como consecuencia, a la separación entre ellos, no podía cumplir esta su… su misión si no era experimentando en sí una abismal separación: la suya, como Dios, de Dios, sintiéndose abandonado por el Padre.

Pero Jesús, volviéndose de nuevo a abandonarse en el Padre “En tus manos encomiando mi espíritu” (*Lc* 23,46), superó aquella inmensa prueba y volvió a llevar a los hombres al seno del Padre en un abrazo recíproco. Y si las cosas están así, no será difícil ver en Él, precisamente en Él abandonado, la estrella luminosa que debe iluminar el camino ecuménico; la perla que hay que descubrir para que dé gran fruto.

Una *espiritualidad ecuménica* será fecunda en proporción a cuanto quienes se dediquen a ello vean en Jesús crucificado y abandonado, que se vuelve a abandonar en el Padre, la clave para comprender toda desunidad y para recomponer la unidad.

Para un eficaz ecumenismo, se necesitan corazones tocados por Él, que lo amen, lo elijan y sepan ver su rostro divino bajo cada desunidad que encuentren; que recobren en Él la luz y la fuerza para no detenerse en el trauma, en la ruptura de la división, sino que vayan siempre más allá y para encontrar remedio, todo el remedio posible.

El amor recíproco lleva luego a realizar la unidad.

Y la unidad vivida tiene un efecto que es también, por decir así, un peso fuerte para un ecumenismo vivo. Se trata de la presencia de Jesús entre los cristianos unidos en su nombre. ”Porque donde dos o tres - dijo Jesús - están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt* 18,20). Y este es ya un vínculo fuerte. Es una ayuda en el camino hacia la unidad visible. Jesús presente entre un católico y un valdense que se amen, entre anglicanos y ortodoxos, entre una evangélica y una metodista… Por lo demás, es un don que hace menos penosa la espera del tiempo en el que Jesús será compartido por todos nosotros, bajo la especie eucarística.

También, un ulterior punto de esta *espiritualidad ecuménica* deberá ser un gran amor por el Espíritu Santo, que este año tendremos que esforzarnos en conocer más. El Espíritu Santo, Amor-Persona, que congrega en unidad a las personas de la Santísima Trinidad, y es vínculo entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo.

Después, no debemos olvidar a María, que un Concilio común a todos los cristianos, el de Éfeso, la proclamó Madre de Dios, Theotokos. Una madre puede siempre ayudar a que los hijos se unan.

Y amar a la Iglesia como comunión y, sobre todo nosotros cristianos católicos, amar al Santo Padre, cuyo ministerio petrino sirve a la unidad de la Iglesia y, con ella, amar a la Jerarquía eclesiástica.

Una e*spiritualidad ecuménica* vivida así puede producir frutos excepcionales.

Pero, se intuye, tendrá sobre todo un efecto especial pues siendo comunitaria, unirá a todos los que la viven, de forma que se sientan solidarios entre ellos y, en cierto modo, ya uno. Advertirán que forman, por decir así, un solo pueblo cristiano que podrá ser - con todo lo que las fuerzas suscitadas por el Espíritu en esta época ecuménica lleva consigo - podrá ser levadura para la plena comunión entre las Iglesias. Será casi la realización de otro diálogo, después del

de la caridad y el teológico: el *diálogo del pueblo*. Pueblo no formado sólo por laicos, sino por todo el pueblo de Dios.

Diálogo que hará que se descubra con mayor evidencia y mayor interés, y hará que se valorice, todo el gran patrimonio ya común entre los cristianos, constituido por el bautismo, la Sagrada Escritura, los primeros Concilios, los Padres de la Iglesia… y hará que lo vivamos juntos.

Esperamos ver este pueblo, que ya está manifestándose aquí y allá, y desearemos admirarlo en todas partes donde exista una Iglesia.

Luego, como se puede comprender, una *espiritualidad de comunión* no es sólo útil para realizar la unidad de los cristianos, sino que ayuda también a los cristianos a abrir ese diálogo interreligioso que representa una de las fronteras más comprometidas y urgentes del alba del tercer mileno.

Y aquí queremos recordar ante todo al hebraísmo y a los hebreos, a los cuales, como hemos dicho, la Iglesia católica en Italia dedica hoy una jornada particular de reflexión titulada: "¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?" (Cf *Sal* 8,5), cuyo tema es el papel único y esencial del hombre en la tradición.

El anuncio bíblico que el hombre ha sido hecho a imagen de Dios no encuentra parangón en ninguna otra tradición religiosa sino en el hebraísmo y el cristianismo, e implica la suprema e intangible dignidad del hombre. Por tanto, entre otras, en la tradición hebraica se encuentran las raíces de lo que hoy se definen como "derechos humanos".

¿Qué decir de estos hermanos nuestros que Juan Pablo II ha definido como nuestros "hermanos mayores"?

Nosotros los cristianos nunca comprenderemos hasta el fondo lo que significa tener con ellos la fe común en el único Dios de Abrahán. Si recorremos los caminos de una reconciliación más profundas con ellos, podremos juntos glorificar a Dios, darle gracias y pedirle perdón "hombro contra hombro" (*So* 3,9), todos juntos como obra suya y por tanto hermanos y hermanas entre nosotros.

Nosotros podemos con ellos dejarnos iluminar y nutrir el alma de los tesoros celestiales comunes contenidos en la Biblia hebrea, casi idéntica a nuestro Antiguo Testamento. Podemos esperar muchísimo, por el bien de la humanidad, de nuestra profunda fraternal comunión con ellos. Podemos centuplicar junto con ellos nuestro testimonio al mundo entero de Dios creador del universo. Pero es necesario conocerse mejor, trabajar juntos y también vivir juntos momentos de oración, como hoy, para hacer eficaz y visible una profunda unidad de espíritu que existe a pesar de las diferencias y las laceraciones de pasado, de las que, a menudo, los cristianos asumen la culpa.

Reconociendo al otro como hermano en su diversidad, podemos ser cada vez más conscientes del hecho que también las raíces de nuestra fe específica, cristiana, se encuentran en este pueblo, porque Jesús era hebreo, María era hebrea, Pedro y Pablo y los otros primeros apóstoles eran hebreos.

Esta misma fe de Abrahán nos une - aunque con ellos la relación es muy distinta -, con los musulmanes. También tenemos con ellos magníficas experiencias de diálogos profundos y fructuosos.

Además, si nosotros los cristianos amamos como esta espiritualidad enseña, podremos tener un luz más para ver y descubrir en las otras religiones la presencia de las "semillas del Verbo", como dice el Concilio[vii]. En efecto, las religiones no cristianas "no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres."[viii]. Y este descubrimiento podrá

provocar cercanía y comprensión recíproca.

Después, si efectivamente casi todas las religiones poseen la llamada “Regla de oro” que, con diversas expresiones, dice: “Haz a los demás lo que querría que te hiciera a ti; no hagas a los demás lo que no querría que te hicieran a ti”, que es amor recíproco, también por medio de ésta se podrá establecer con ellos una relación de amor mutuo.

Luego está el diálogo con los que son de convicciones diversas, que puede ser muy profundo porque se basa en la común estima por los grandes valores como la paz, la libertad, la vida, los derechos humanos, la ecología, etc.

Y está el diálogo entre los pueblos.

Y la unidad entre el hombre y la naturaleza.

Por tanto, *espiritualidad de comunión*.

La nota que podrá resumirlas todas es la unidad, que ciertamente no es uniformidad. Si la ponemos en práctica veremos el mundo como caminar hacia atrás, como en una película que vuelve al principio. De cuántas dramáticas divisiones, de cuántas ruinas, de cuántas crisis está invadido nuestro planeta, inmerso aún en el indiferentismo, en la secularización, en el materialismo.

Con esta nueva vida se podrá volver atrás, aun yendo hacia adelante, y la humanidad encontrará de nuevo la unidad para la que Dios la creó. Este es hoy lo que deseamos para nosotros, sobre todo para quien entre nosotros quiera comprometerse en una espiritualidad de reconciliación y de diálogo. (Aplausos) (...)

(Canto Gen Rosso: "Siembra la paz")

---

i Cf Consulta sobre “Espiritualidad para nuestros tiempos” del Consejo Ecuménico de las Iglesias celebrado en Iasi (Rumanía) 1994.

ii R. BERTALOT, La reconciliación en los diálogos entre las Iglesias, "Estudios Ecuménicos" l julio - septiembre 1996, p.359.

iii Cf Obispo Chiaretti y Pastor Tomasetto en el prefacio de la edición italiana del "Instrumento de trabajo" 1995 para Graz, p.8.

iv Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la Esperanza, 1994, p. 159.

v Cf Mensaje del card. Bea para la inauguración de la ciudadela ecuménica (1968) en Ottmaring (Alemania), publicado en G.BOSSI, *Aquí vivirán juntos católicos y luteranos,* "Città Nuova", 1968 n.14, p.35.

vi JUAN PABLO II, op.cit., p.167.

vii Cf Vaticano II, *Ad Gentes 11*: "semina Verbi in eis latentia".

viii Cf Vaticano II, *Nostra Aetate 2*: Las religiones no cristianas "...no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres”.